REFLEXIONES EN TORNO AL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL

POR

ADOLFO MAILLO

> Vive el hombre más en los otros que en sí mismo; más en la comunidad que en su individualidad.
>
> MAX SCHELER: *Naturaleza y formas de la simpatía.* Buenos Aires, 1942, pág. 342.

I. ESTRUCTURA DE LA CONVIVENCIA

LA VIDA COMO CONVIVENCIA

Todo vivir es un convivir, por lo que el individuo, aislado y desvinculado, resulta una abstracción, como ya vió Aristóteles. Es cierto que "mi vida" es algo real, personal, intransferible, pero no considerada como cerrada, conclusa, independiente, desentendida de su doble circunstancia cósmica y social.

La filosofía tradicional, que estudiaba al hombre desligado de los conjuntos sociales en que vive y actúa, como un ser que se forma a sí mismo y en sí encuentra cuanto necesita para perfeccionarse, obedece a un enfoque parcial e incompleto del ser humano. Si la perspectiva existencial, en sus versiones cristianas, encuentra tan amplia resonancia hoy en los círculos más diversos, ello se debe a su arranque en la "situación" del hombre, situación que no supone solamente un condicionamiento espacio-temporal, sino también una cualificación interpersonal, social, determinada esencialmente por las exigencias y efectos del "estar con", donde el "otro" y "los otros" constituyen datos insoslayables para el conocimiento del hombre en sí mismo.

EL "YO" Y EL "NOSOTROS"

La equivocación del pensamiento político y social que consideraba al "nosotros" como resultado de la agregación de individuos que, bien espontánea, bien contractualmente, habían llegado a unirse en convivencia, procede de un atomismo radicalmente falso. No hay "yo" sin un "nosotros", si no lógica, sí cronológicamente previo, medio insustituíble de formación y humanización. El niño, privado del ambiente

familiar, en el que realiza el aprendizaje total de las reacciones humanas, degeneraría en un ser amorfo, caído más bajo aún que los antropoides, como prueban los casos de pequeños abandonados en la selva que se vieron obligados a vivir entre fieras. Ni el lenguaje, ni la posición erecta, ni la objetivación del mundo, características humanas desde un punto de vista estrictamente psicológico, pudieron aparecer en ellos (1).

Todo "yo" supone un "tú" al que se dirige, con el que mantiene contactos, del que recibe influencias modeladoras. Pero no hay «tú» que no emerja de un "nosotros", de tal manera que las relaciones unipersonales de lo que Simmel llamó la "dyada", son siempre relaciones alternantes en las que cambia a cada momento la segunda persona, de donde la modelación multilateral del ser en desarrollo por "partenaires" diversos, cada uno de los cuales mantiene con el "yo" una relación distinta, cuyas facetas contribuyeron a labrar, en la informe masa de la psicología del niño, una serie múltiple de "equilibrios dinámicos" que son otras tantas "situaciones" educadoras.

Como prueba la existencia de la familia, institución universal, bajo unas u otras modalidades, cada "yo" surge dentro de un "nosotros" y el órgano psicológico que hace posible las "recontres" innumerables que van determinando y puliendo las posibilidades reactivas del niño es la afectividad (2). Mediante los afectos, que son siempre manifestaciones intencionales dirigidas hacia otro, el niño pequeño encamina sus actos a un destinatario y ya las primeras reacciones son un "dirigirse a", en armonía con la significación social del hombre (3).

En los brazos de su madre, el pequeñín encuentra el cuidado y la ayuda sin los cuales perecería, y es el amor maternal, con la cohorte de solicitudes que le acompaña, lo que le hace crecer *en seguridad,* único modo de que afloren sus latencias y se desplieguen sus posibilidades. Esta seguridad emotiva o afectiva constituye el "clima" dentro del cual podrán manifestarse y expandirse la percepción del otro, la reciprocidad y la responsabilidad, bases de una afectividad madura y por tanto, de una personalidad completamente desarrollada.

---

(1) Sobre los niños-ferinos véanse: Henri Valois: *Les enfants-loups,* en «La Natura», núm. de janvier de 1955, y J. Rof Carballo: *Cerebro interno y mundo emocional.* Barcelona, 1952, pág. 211.

(2) F. J. J. Buytendijk: *Phénoménologie de la rencontre.* Desclée de Brouwer. París, 1952, *passim.*

(3) H. Schmalenbach: *Phénoménologie du signe,* en «Signe et symbole». Editions de la Bacomière. Neuchatel, 1946, págs. 94-103.

Llamamos «proceso de socialización» a la serie de viviendas y experiencias susceptibles de hacer desembocar al pequeño en una vida social normal. Sobre el escenario íntimo de la seguridad afectiva, que proporciona, por así decirlo, la temperatura propicia para que pueda surgir la relación social, van apareciendo experiencias personales, todavía preconscientes, pero de enorme poder modelador, que se tiñen con el matiz de lo agradable o lo desagradable, según satisfagan o contraríen las tendencias del niño. Todo lo que favorece la afirmación del naciente "yo" produce gratificaciones afectivas que se traducen en una vigorización del sentimiento de seguridad y dan nacimiento al sentimiento de confianza en sí mismo. Por el contrario, cuanto obstaculiza la normal satisfacción de las tendencias infantiles contribuye a disminuir aquella seguridad emocional y da lugar a oscuros sentimientos de frustración.

Hoy, después de los estudios de Goldfarb y Bolwy, sobre todo, sabemos en qué gran medida opera desfavorablemente sobre la formación de la personalidad del niño la carencia de afectos maternales, traducida en frustraciones que tienden a compensarse mediante tendencias agresivas (robo, vagabundeo, etc., etc.) (4). En el mismo sentido obran el autoritarismo excesivo, la dureza en los castigos, en una palabra: cuanto constriñe o violenta excesivamente los impulsos naturales del pequeño.

Claro está que no todo han de ser satisfacciones para él. Muchas veces habrá que oponerse a sus caprichos si no queremos dar lugar al "niño mimado", igualmente deformado, pero en este caso por exceso de satisfacciones.

La formación de la conciencia social ha de ser fruto de la "compensación"; será necesario conjugar permisiones y prohibiciones, pero sin exigir al niño más de lo que pueda dar y convirtiéndole siempre en un aliado, aun cuando se trate de ir contra sus veleidades. Para ello son esenciales la igualdad de ánimo, la justicia y el amor. El amor, que mueve el sol y las demás estrellas, como dijo el poeta, es el talismán para esculpir el alma del pequeño. Acceder y corregir amando: no otro es el secreto de la educación.

El niño que se siente amado, aunque se vea contrariado en ocasiones, se sabe recibiendo una asistencia, un apoyo, un estímulo, que le

(4) Ver Bolwy: *Soins maternelles et sante mentale.* Genève, 1951, *passim.*

corroboran y le plenifican. Sin ellos caería en el vacío afectivo. ¿Qué podrá dar él de ese vacío interior que no sean ataques contra una sociedad que le condenó a la íntima soledad? En cambio, quien ha recibido puede dar; quien recibió amor puede amar a los demás, pues, al cabo, sólo se da lo que se recibe, y la vida social, como ha mostrado Marcel Mauss, se funda sobre el intercambio de dones (5).

Toda educación dura conduce a la frustración porque, sobre hacer imposible el sentimiento de seguridad y de confianza en sí, no permite que surja la conciencia de la reciprocidad, es decir, de la intercambialidad de posiciones entre "yo" y "tú", de donde resulta una actitud antisocial y la tendencia al dominio de los demás, pues siempre que no hay reciprocidad objetiva de puntos de vista y de posiciones sociales, hay fanfarronería, orgullo e impulsos de dominio y sumisión (6).

La socialización, recta o defectuosa, operada en el seno de la familia en la temprana edad del niño, es corroborada o rectificada luego en la escuela y en la convivencia civil.

COOPERACIÓN O COMPETICIÓN

La escuela, en sus maneras educativas, obedece siempre a la concepción y realización de la convivencia propia del pueblo a que pertenece. Si predomina en él un tipo de vida que, sin ignorar las inevitables fricciones de los apetitos y tendencias individuales, coloque en primer término las relaciones sociales de colaboración y amor efectivo, traducido en interayuda y en devoción a la justicia, los modos pedagógicos se centran sobre la tónica de la cooperación, y calificaciones, puestos, distinciones, así como tareas docentes, no sólo permitirán la vigorización del principio de reciprocidad, podando inclinaciones al orgullo, a la vanidad y a la rebeldía, sino que la fomentarán de mil formas, logrando, al final de la adolescencia, personalidades juveniles amorosamente socializadas.

Por el contrario, si en la sociedad de que se trate privan las tendencias al destaque personal, acaso producto de tempranas frustraciones; si el tono general de la vida lo da el predominio sobre los otros y una atmósfera cálida de competición y discriminación según "méritos personales", a menudo conseguimos a costa de los demás, enrarece hasta

---

(5) Marcel Mauss: *Essai sur le don,* en «Sociologie et Amthropologie». París, 1950, págs. 145-279. Ved también la Introducción de Claude Lévi-Strauss.

(6) Charles Odier: *L'angoisse et la pensée magique.* Neuchatel y París, 1947, y *L'homme esclave de sa inferiorité.* I. Essai sur la genése du moi. Delachaux et Niestlé, 1950, *passim.* Vid. Paul L. Boynton: *Personalidad, su naturaleza y desenvolvimiento,* en *Psicología de la educación,* de Skinner, tomo II, pág. 723.

extinguirlo el impulso social de interayuda y cooperación, la convivencia de los adultos así formados (o, mejor, deformados) estimulará los sentimientos de envidia, venganza y rivalidad y un "bellum omnium contra omnes", más o menos disimulado, reemplazará a los logros de una suave y fecunda colaboración social.

La observancia de los preceptos de la ley civil ofrecerá, en uno y en otro caso, fisonomía opuesta. Mientras la justicia encuentra fácilmente dispuestos los ánimos "socializados" en los países formados según los criterios antes expuestos como conducentes a la armonía de la convivencia, y la dialéctica política, encaminada a estructurar jurídicamente la sociedad pone en juego los instintos de poderío, suavizados por normas entramadas en el subconsciente social, en los pueblos defectuosamente socializados el impulso de competición y rivalidad exasperará las tendencias biológicas al poderío; la justicia no podrá dar "a cada uno lo suyo" porque una estimación subjetiva ocupa el puesto del postulado de la reciprocidad, y la convivencia presentará una fisonomía de agresividad, con pugnas y envidias mutuas, sólo débilmente enmascaradas por la necesidad de cubrir las formas legales y sociales.

II. EL INDIVIDUALISMO Y EL PARTICULARISMO ESPAÑOLES

FRICCIONES DE LA CONVIVENCIA

España ha sido siempre un pueblo de personalidades originales y vigorosas. Probablemente no hay país donde se den en número y calidad tan considerables grandes creadores y grandes conductores, ejemplares geniales de humanidad, asombro de los siglos por su indomable energía. La conquista y colonización americanas, así como las campañas contra Europa durante los siglos XVI y XVII, bastan para acreditar este aserto.

Pero, colocando aparte los magnos exponentes de la expresión literaria y artística —un Cervantes, un Fray Luis de León, un Velázquez, un Goya, por no citar sino unos cuantos—, es evidente que nuestras grandes figuras han sido, sobre todo, insignes adalides, es decir, hombres en los que la voluntad férrea se ponía al servicio del afán de poder. Ello nos indica ya que el fuerte de España es la voluntad. No es excepción, sino matización y confirmación de esta verdad, la sobresaliente actuación española en los campos de la religión. Por la unidad imperial y católica de Europa derramaron nuestros gloriosos Tercios torrentes de sangre y la excelsitud de nuestra Mística se explica, apar-

te otras motivaciones, por el ímpetu puesto en lo que uno de sus más altos exponentes llamó la "*conquista* del reino de Dios", vertiendo en metáfora elocuente el ímpetu volitivo que nuestros misioneros derramaron y continúan derramando por todos los países de infieles.

¿Habrá bajo esa pujanza del querer un rico *stock* de impulsos que puedan, en algún modo, comprometer el equilibrio, siempre inestable, de la convivencia social?

En vez de dar vueltas alrededor de la respuesta, traigamos aquí unos cuantos testimonios de fechas bien diferentes. El primero, de 1589, es decir, en pleno período imperial, se debe a la pluma sesuda y sobria del Licenciado Castillo de Bobadilla en su *Política para Corregidores y señores de vasallos*. Dice así: "No hay lugar, villa ni aldea, ni pueblo, ni ciudad que no esté dividida en parcialidades y bandos y ligas contrarias, aun entre amigos y parientes, y mucho más donde hay diferencia de linaje y estados» (7).

Pocos años después, el Licenciado Pedro Fernández de Navarrete, consejero de Felipe III, se expresaba así en su *Conservación de Monarquías:* "Ha enseñado la experiencia que en España dura poquísimo tiempo la observancia de pragmáticas y leyes reformatorias, porque cualquier hombre particular hace pundonor de contravenirlas, juzgando por acto positivo de nobleza el no sujetarse a las leyes" (8).

Siglo y medio más tarde, la onda "ilustrada" proyecta sobre España sus impulsos de reforma. He aquí cómo describe don Pablo de Olavide el estado de la convivencia española en su *Proyecto* a la Universidad de Sevilla, del año 1769: "Parece que España es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos pequeños, destacados y opuestos entre sí, que mutuamente se oprimen, desprecian y hacen continua guerra civil. Cada provincia forma un cuerpo aparte, que sólo se interesa en su propia conservación, aunque sea con perjuicio y depresión de las demás. Cada comunidad religiosa, cada colegio, cada gremio, se separa del resto de la nación para reconcentrarse en sí mismo. De aquí viene que toda ella está dividida en porciones y cuerpos aislados con fuero privativo, con régimen distinto y hasta con trajes diferentes, siendo la resulta de esta segregación que el militar, el letrado, el colegial, el religioso, el clérigo, sólo son lo que su profesión indica, pero jamás ciudadanos" (9).

---

(7) Licdo. Castillo de Bobadilla: *Política para Corregidores y señores de vasallos*. Medina del Campo, 1608, tomo II, pág. 298, col. 2.

(8) P. Fernández de Navarrete: *Conservación de monarquías*. Bib. Aut. Esp., tomo XXV, pág. 529.

(9) Proyecto presentado por D. Pablo de Olavide a la Universidad de Sevilla. En A. Gil de Zárate: *De la Instrucción Pública en España,* tomo I. Madrid, 1855, pág. 57.

En 1920 decía Ortega y Gasset en su *España invertebrada:* "La vida social española ofrece en nuestros días un extremado ejemplo de este atroz particularismo. *Hoy es España, más bien que una nación, una serie de compartimientos estancos*" (10).

Yo no intento sacar ninguna consecuencia de orden político de las citas precedentes. Basta a mi objeto señalar la coincidencia de todas ellas en otorgar a la convivencia social el signo de la lucha en vez del de la cooperación. Poco se precisa haber vivido para convencerse de que el español, en lugar de ayudas y facilidades, tiene ante sí, en general, una verdadera carrera de obstáculos. Obstáculos que no proceden primordialmente de la economía, ni de la falta de oportunidades, sino de la ruda competición que ha de librar con los demás para hacer obra apreciable.

En no pocas ocasiones, si posee cualidades sobresalientes, verá que sus compatriotas, en vez de sentirse satisfechos por su talento o su virtud, experimentan ante tales tesoros unos celos terribles y hasta se "acabildarán", como dice Castillo de Bobadilla respecto de los Corregidores que tenían espíritu justiciero, para erigir, frente al mejor, la "confederación de los mediocres", a quienes parece una acusación la sola existencia del hombre egregio. Esto se llama, más que envidia, resentimiento, y no sería difícil mostrar cómo en muchas pugnas de hombres, de grupos y de estamentos, el resentimiento actúa con notable virulencia (11).

EL PROBLEMA SOCIOLÓGICO

Américo Castro, en su visión literaria de la historia de España, es decir, en su diagnóstico sobre la psicología nacional, partiendo, sobre todo, del análisis de nuestra Literatura, combate la idea corriente, según la cual los fenómenos antes apuntados se deben al individualismo ibérico. Para él no se da individualismo, sino "espíritu de secuacidad" (aunque él no emplea tal denominación), en virtud del cual el español, falto de un sistema de ideas sobre lo objetivo, se entrega íntegramente a un hombre capaz de ampliar el radio de acción y aplicación de su creencia (12).

Desde la "devotio" de los viejos iberos hasta las formas recientes del caciquismo y del fulanismo, tan patentes en las aldeas y villas como

(10) J. Ortega y Gasset: *Obras completas,* tomo III, pág. 74.
(11) Véase Max Scheler: *El resentimiento en la moral.* Madrid, 1927, *passim.*
(12) Américo Castro: *España en su historia.* Buenos Aires, 1948, páginas 617-618.

en las esferas de la ciencia y la investigación o la literatura y el arte, la adhesión total a un hombre que nos asombra o nos defiende, nos protege o nos colma, es fenómeno constante de nuestra vida social. Pero el "particularismo" de cuerpo no encuentra acabada explicación con este concepto y la vida como lucha y rivalidad (Castillo de Bobadilla) o como desprecio de la ley (Fernández de Navarrete) no halla fácil acomodo en el cuadro mental diseñado sólo por la tendencia a la secuacidad.

Mas antes de buscarles una explicación es necesario detenernos un poco en el análisis de sus consecuencias. La primera es la propensión permanente a una estructuración social en "castas" más que en "clases". Cuando la vieja sociedad estamental, herencia del medievo, es reemplazada por la sociedad de clases, podemos observar cómo en España este relevo es particularmente lento, hasta el punto que estaríamos tentados a decir que hoy mismo las aspiraciones al "privilegio" y la intención estática, ahistórica, peculiares de los viejos estamentos, siguen animando subterráneamente los anhelos de anchos estratos sociales, muchos de ellos sin posibilidad de disfrutar de fuero propio (13).

Ello ocurre porque la tendencia a la casta, grupo cerrado y privilegiado, se conjuga con el deseo de ascender en estimación social, es decir, con la tendencia a la hipertrofia del «yo».

Cuando se trata de subir en esa escala, entra en juego el puro afán belicoso. Sabido es que también los "grupos de lucha" tienden a cerrarse y discriminan cuidadosamente la admisión de adeptos, es decir, de combatientes. Esta dirección se ve muy clara en el "partidarismo" español, que lleva a convertir en "hueste", presta a la lid, a todo grupo de opinión o de acción, incluso a los constituídos con fines sólo científicos o benéficos. Una especie de santo y seña espontáneo, pero muy definidor, lo constituye la denominación que sus adherentes utilizan para distinguirse de los que no lo son. Se llaman a sí mismo *los nuestros,* con un posesivo que indica claramente la fuente de belicosa avidez que nutre su espíritu. Quien no sea de "los nuestros" no merece consideración, antes por el contrario, es, en principio, un enemigo, aunque se trate de un «neutral», pues nuestro temperamento apenas admite neutralidades. «Quién no está conmigo está contra mí.» «O con nosotros, o contra nosotros." Veleidad y exclusivismo delatan claramente una actitud de guerra. Adherirse a un grupo cualquiera es, con frecuencia, ingresar en una mesnada.

Estos grupos de conmilitones —políticos, religiosos, económicos,

(13) Para los problemas suscitados por el paso de la sociedad estamental a la sociedad de clases. Véase M. García Pelayo: *El estamento de la nobleza en el despotismo ilustrado español,* en «Moneda y crédito», junio de 1946, páginas 39-57.

científicos, etc.— necesitan ocupación, es decir, "presas", y así cuando las treguas conceden vacaciones a la beligerancia, una forma atenuada, la "crítica", como dicen en los pueblos de Castilla y Extremadura, actúa como sustitutivo al par que como amortiguador social de tales individualismos de grupo, siempre a las órdenes de un paladín. Cuando el equilibrio no surge en el alma de cada cual, la oposición de fuerzas —huestes—, que se contrarrestan y compensan, alcanza el mismo resultado.

Esta "censura social", origen, según algunos psicólogos, de poderosos «tabúes» que obran hinchando el «ello», es un fenómeno curioso de neutralización del «yo» excesivo. Podemos decir que al impetu desbordante de un "hiper-yo" amenazador se opone el freno del "tabú" social en forma de un "super-ego" reforzado. Ya sabemos que la naturaleza suele poner la triaca junto al veneno. Pero triaca y veneno surgen aquí de la misma fuente: afán de proponderancia y celos ante ella.

En relación con esto se encuentra el problema de la "fama", versión popular del "honor", sin más diferencia que mientras aquélla mira hacia la vertiente de la opinión social, éste está orientado hacia la de la propia afirmación. «Hiper-yo» y «super-ego» reforzado en íntimo maridaje una vez más.

Es de notar que en un pueblo tan propenso al destaque individual y a la centrifugación social, la fama signifique una especie de "muerte civil" para el infamado, aun en el caso de que esté libre de culpa. "El infamado, aunque no haya culpa, muerto es cuanto al bien y a la honra de este mundo", decían *Las Partidas,* texto que se prestaría a numerosas consideraciones que no caben aquí.

Lo que es indudable es que el particularismo —de cuerpo, de grupo de intereses, de ideario— coexiste con una poderosa tendencia al predominio personal estimulado constantemente por el "espíritu de emulación" que empapa nuestra educación y nuestra vida social. Una ilimitación del querer, una especie de absolutivización de la voluntad, convierte al español en algo así como una fuerza de la naturaleza que se adensa y endurece más aún por la compacidad de la persona, su integridad, su *entereza.*

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero,
en un pequeño barco deslastrado,
con sólo diez, pasó el Desaguadero,

escribió Ercilla en el tronco de un roble de América.

Individualismo, en forma de destaques y trofeos que den honra y

fama y particularismo, como modalidad belicosa de "capillitas" y "huestes" opuestas entre sí, coexisten y se conjugan, pues son, en el fondo, el mismo fenómeno. Si a ello añadimos la subsistencia de un fuerte espíritu de conservación de las formas anteriores, siempre "venerables", echaremos de ver la dificultad de integración radical de un pueblo tan bien dotado de originalidad y energía.

La cuestión estriba en verterlas a moldes actuales, capaces de otorgar cohesión a una raza magnífica, pero un poco reacia a entrar en las formas sociales e institucionales, cada día más amplio radio, prescritas por la hora actual.

El problema no es fácil. Se trata de saber hasta qué punto es posible sustituir el «personalismo» y el «particularismo», cuya centrifugación energética postula estructuras microsociológicas casi tribales, montadas sobre la relación mecánica y simplista dominio-sumisión, por una cooperación de ancho horizonte, basada en el "principio de reciprocidad" y regida por formas de convivencia en las que los diversos «nosotros» se impliquen y coordinen cooperativamente, en vez de vivir bajo el signo de la lucha y el menoscabo. «Aldeanidad» y «federatismo» serían las formas sociológicas que corresponderían, respectivamente, a ambos modos opuestos.

¿Será viable una integración basada en la "intersubjetividad", en el sentido de Marcel, es decir, en la interpenetración e intercompenetración de los varios círculos y grupos sociales, en lugar de reincidir, una vez y otra, en los remedios fáciles, pero ineficaces, de la coacción? ¿Podremos reemplazar el par de opuestos polares "dominio-sumisión" por este otro "reciprocidad-coordinación"? Antes de decidirnos es necesario dar un pequeño rodeo, no sin hacer hincapié en la extrema complejidad de la cuestión.

III. RAICES Y TERAPEUTICA

DIAGNÓSTICOS

No vamos a resumir las diversas teorías emitidas para intentar explicar lo que se ha dado en llamar la nacional "decadencia". Nuestro objetivo actual es diferente. Se trata de saber por qué España ha mostrado (al parecer siempre, si son ciertos los testimonios que más atrás hemos aducido) una manifiesta debilidad en sus estructuras sociales, junto a una riqueza impar en poderosas, asombrosas individualidades.

No conocemos intentos enderezados expresamente a despejar esta incógnita. Sólo lateralmente ha sido tocada, más desde el ángulo de la decadencia que desde el propiamente sociológico. Ortega, acaso, sea la

excepción. Para él es la escasez de los mejores, al lado de la indocilidad de los más, lo que explicaría nuestra historia. Y aquella escasez provendría del débil elemento germánico en nuestros ingredientes raciales.

Bosch Gimpera ve la causa de toda la fenomenología histórica española en la reconquista, más la divergencia inevitable de líneas de fuerza originada por la complicación de las "etnias" peninsulares.

Américo Castro, con otro propósito, piensa que el español es hombre de creencias, pero no de reflexión. "El mundo objetivado de las ideas no agarra ni prolifera en ningún país de lengua española o portuguesa, pero no por atraso ni por barbarie" (14). Para él sólo la prolongación de la acción y la creencia en otro hombre que merezca nuestra adhesión es capaz de mover al español, que "no sabe qué hacer con las ideas", según ha dicho su amigo M. Bataillon (15).

En posiciones antitéticas, es decir, muy a la española, encontramos a los "reformadores" y los "restauradores". Llamamos reformadores a quienes creen que bastarían medidas educativas y políticas para renovar y replantear la existencia nacional con arreglo a bases más eficaces. Desde Picavea y Costa a Laín Entralgo y Antonio Tovar, la lista de los reformadores sería muy extensa.

Los restauradores opinan lo contrario. No designo con este nombre a los partidarios de la vuelta de la monarquía, sino a los que, buscando la solución a nuestros problemas, miran hacia atrás en vez de hacia delante. Para ellos, España ha sido enajenada, adulterada, maleada porque se ha obstinado en seguir ideas políticas y sociales extranjeras, en lugar de conservar sus viejas tradiciones. El seísmo producido por la imitación extranjera es el origen único de cuantas dificultades encuentra.

Esta vuelta a la tradición, que mirada filosóficamente, esto es, viendo su esencia última, se emparenta, históricamente, con el mito de la «edad de oro», situado a la espalda del tiempo, y, por otra parte, se relaciona psicológicamente con el "espejismo de la lejanía" del viejo que considera felices los tiempos de su juventud, no puede convencernos, aunque tenga una buena porción de verdad, más por lo que dice relación a la moral que por lo que atañe al pensamiento. En un pueblo tan consuetudinario como el nuestro, tan puro en sus matrices físicas y éticas más hondas; por otro lado, lo que importa es preservar las actitudes y reacciones profundas, aunque los vestidos se acomoden a los cambios impuestos por la historia.

Además, ¿no es radicalmente antihistórico, es decir, opuesto a la

(14) A. Castro: Ob. cit., pág. 528.
(15) M. Bataillon: *Erasme et l'Espagne*. París, 1937, pág. 25.

evolución de vida de los pueblos, soñar con cualquier estado idílico conquistado mediante un "retorno"?

Mas aquí nos asalta una de las modalidades más interesantes de nuestra mentalidad y que más chocan con la conciencia histórica (no historicista). La extrapolación que se opera frecuentemente de actitudes y valoraciones aptas para el pensamiento religioso al enfoque de realidades de orden profano. Cuando esto se da, y se da muchas veces, un quietismo a-racional obnubila el pensamiento, y el concepto de inmutabilidad indiferente al tiempo suplanta ilegítimamente a las nociones de acomodación y cambio, peculiares de lo histórico. Son innumerables las confusiones que ello origina.

Pensando en ellas y en su raíz, damos la razón a Ludwig Pfandl al decir: "El apasionado escrutar en el alma nacional, el ensimismamiento no individual, sino colectivo, que preocupa hace tantas generaciones a ciertos guías espirituales de la moderna España, es una participación en la herencia de la mística" (16). No sé si por ahí llegaríamos a Miguel de Molinos, en una exacerbación del "ensimismamiento", pues Santa Teresa y San Juan de la Cruz poseían viva atención hacia las cosas de este mundo, bien que sólo como apoyos para alcanzar la eterna bienaventuranza.

LAS MOTIVACIONES PSICOLÓGICAS

¿Explica mucho la tesis del anti-racionalismo español y, por consecuencia, la de su predominio efectivo? Tema es éste que precisaría mucho más espacio del que prudentemente podemos emplear aquí. Resumiendo puntos de vista necesitados de más amplia explanación, diremos que habría que distinguir entre afectividad y afectos. Más aún, en nuestro caso, entre afectividad e instintividad. Es posible que a veces las tendencias vigorosas den la impresión de realidades afectivas siendo sólo impulsivas. Creemos que en el español sobresale, en particular, el brío del querer. En esto es posible que no tenga igual en el mundo.

Pero el querer tiene muchas acepciones y no es lo mismo "querer *hacer* algo", esto es, "querer a alguien". Aun en este último supuesto sería conveniente discriminar entre querer-tendencia y querer-sentimiento. Sólo este último edifica relaciones sociales.

Es cierto que el predominio volitivo suele presentar siempre un correlativo déficit racional, sobre todo cuando la voluntad, como ocurre

(16) Ludwig Pfandl: *Historia de la Literatura nacional española en la Edad de Oro.* Barcelona, 1933, pág. 68.

aquí, es más un "fiat", que un "non fiat", esto es, cuando la voluntad dicta un "sí" que es un proyecto de acción o de decisión, o la decisión misma, acción que puede ocupar el lugar de la reflexión, porque así como el sabio duda y con frecuencia se abstiene de obrar, de modo análogo el hombre de acción se entrega muchas veces a la actividad por la embriaguez de la acción misma.

No olvidemos que la voluntad es, ante todo y esencialmente, una voz que dice «no» a impulsos e instintos. Unamuno la llamó «noluntad», palabra con la que ha definido últimamente Paul Ricoeur (17).

El fuerte del español no es tanto la reflexión como la acción, pese a la abulia que le atribuía Ganivet; una acción movida, de acuerdo con lo que acabamos de decir, más por la pasión (impulso, tendencia) que por la voluntad propiamente dicha. Pero ello no explica la tenuidad de nuestras relaciones sociales. Todo depende del propósito a que se dirija el impulso. Cuanto más antisocial sea, es decir, más primitivo, más destructora, socialmente hablando, será la acción. Y lo es en un país donde suele considerarse como ofensa el disentimiento.

La explicación se encuentra en la afectividad. Pero a la luz de lo que expusimos al principio, ¿no se tratará de una afectividad "yoísta" esto es, desviada?

Hablando con objetividad absoluta, el español medio más bien adolece de menoscabo que de exceso de afectividad. Cierto es que su "sentido del hombre", más fuerte que en pueblo alguno, le lleva a actos verdaderamente admirables de afección y sacrificio. Pero su sensibilidad afectiva es, en general, débil. Las cosas delicadas y bellas despiertan en él escasas vibraciones emotivas, salvo excepciones. Necesita emociones fuertes para sentirse embargado. Los niños, en cuanto tales, no le entusiasman. El «intimismo» de nuestra lírica es débil o pasional.

Ello explica su querer de corto horizonte, y su apego a lo próximo, junto a cierta dificultad para enamorarse de las ideas abstractas. Su afectividad, ligada a la vida impulsiva, pero no emancipada hacia lo «sensible intelectual» le vincula al ambiente próximo —familia, grupo, clase, partido—, por lo que es el más «doméstico» de todos los hombres, así como bastante inepto para lo cívico. ¿Es que existe oposición entre el "creyente" y el "ciudadano", como piensa Américo Castro? No lo creo. La creencia, en cierto modo, se opone a la reflexión abstracta, al raciocinio sistemático. Es una modalidad del "asentimiento", es decir, del "pensar afectivo"; pero no es contraria a la amplificación

---

(17) Paul Ricoeur: *Philosophie de la volonté. Le volontaire et l'involontaire.* París, 1949, pág. 204.

progresiva del círculo de las vivencias teñidas de afección; al contrario, le es afín. Catolicismo es universalismo.

La prueba primordial de que existen en el español síntomas de "frustración afectiva" la encontramos en el predominio de la avidez y la posesividad en sus reacciones. La avidez explica su tendencia a la apropiación, que no cristaliza en hurtos necesariamente, pero se manifiesta con gran frecuencia en la inclinación a vivir como patrimonio la función que desempeña, o, lo que vale igual, a considerarse "dueño de la parcela en la que, al trabajar, sirve". El funcionario público en vez de sentirse «servidor» de la sociedad se considera «propietario» de una porción de ella. Desde el mal humor con que suele acoger la presencia de consultantes hasta una interposición de la jerarquía que tiende a acentuarla «hacia abajo», tanto como a debilitarla «hacia arriba», son muchas las formas que adopta su visión «patrimonial» del servicio público y su dificultad para elevarse al concepto y devolución del bien común.

La agresividad, abierta o veladamente, colora infinidad de manifestaciones de la vida social. La propensión al destaque personal hace prácticamente imposible el trabajo en equipo (18). Allí donde, por toda clase de motivos, debería esperarse una colaboración más estrecha, encontramos frecuentemente reacciones de disgusto, inclinaciones a la oposición y a la colocación de obstáculos. «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio», reza el proverbio español. Y la convivencia podría simbolizarse en una cucaña en la que todos, más o menos, han puesto materia lubricante, y que cada cual ha de subir solo, entre la alegría mal contenida de los espectadores cuando nos ven descender sin alcanzar la meta y la pena envidiosa de los que contemplan el triunfo. Cada uno se siente competidor y no colaborador de los demás.

Waldo Frank, en su *España virgen,* dice que "la mente española ha venido a ser como una mente infantil" (19). Sin asomo de matiz peyorativo podríamos aceptar esta opinión. La psicología clínica acostumbra a decir que cuando no se alcanza una etapa del desarrollo psíquico, éste queda detenido en una fase anterior, o bien se vuelve a ella a consecuencia de una regresión funcional. Todo parece probar que el español medio no ha alcanzado la etapa de la reciprocidad afectiva, a lo que se debe su *egocentrismo* —diríamos mejor que su individualismo—, su sentimiento íntimo de frustración y la necesidad de com-

---

(18) Cuando se reúnen varios españoles para realizar una tarea, sobre todo si es de carácter intelectual, puede ocurrir una de estas dos cosas: o se someten todos al «mando» de uno, que tiende a eclipsarlos, o se distribuyen el trabajo por trozos, tantos como «colaboradores». La implicación recíproca de sus puntos de vista en la obra *común* resulta poco menos que imposible.

(19) Waldo Frank: *España virgen.* Madrid, 1950, pág. 260.

pensarlo mediante agresiones y apropiaciones. Utilizando un concepto de Bleuler, que Piaget emplea mucho, podríamos decir que tiende al "autismo", fase de la evolución que se caracteriza por el "yoísmo" de las tendencias, la inclinación a una modalidad individualista y mágica del pensamiento y la dificultad para una socialización verdadera.

LA TERAPÉUTICA EDUCATIVA.

No estará de más declarar expresamente que todo lo anterior va dicho con ánimo descriptivo (20). En manera alguna creemos que el español sea una modalidad inferior de hombre. Por el contrario, en muchos aspectos profundos —humanismo espontáneo, espiritualidad, sentido del honor— aventaja a la mayor parte de los tipos históricos y actuales. Lo que no debe cegarnos para reconocer sus fallas sociales, único modo de procurar neutralizarlas mediante una eficaz acción correctora.

Después de lo dicho, fácil es comprender que nos inclinamos hacia una educación de corte terapéutico, tomada a gran escala y no limitada al uso de determinados métodos de enseñanza, como piensa el "pedagogismo" corriente. Una educación que unifique y coordine las solicitaciones de la Pedagogía y la Política.

Habría que comenzar por modificar los criterios prácticos de educación familiar. Allí donde el instinto maternal y paternal no basta a mitigar los rigores de una fuerte tendencia al mando, que lleva a convertir la crianza en mero adiestramiento deshumanizador y antisocial, habría que acudir para dotar de conceptos claros la mente de padres y madres. El niño no debe ser un esclavo, ni un sometido, sino un colaborador de su propia educación. Destruir con despego o violencia sus sentimientos de seguridad e imposibilitar el nacimiento de la confianza en sí mismo mediante una relación de sumisión —el par conceptual "mando-obediencia" a que nuestros intelectuales, incluso Ortega, tienden a reducir la convivencia humana— es incapacitarle para una vida social normal y fecunda, hundiéndole en la sima de la frustración, la apropiación y la agresividad, origen de la debilidad de nuestras estructuras sociales.

En cuanto a las instituciones educativas post-familiares sería necesario sustituir el principio de la emulación y la competición por el

(20) El «pensar afectivo», propio del español, tiende a involucrar en sus inicios descripción y estimación, con predominio de lo valorativo sobre lo explicativo. Ello aclara muchas confusiones y contiendas intelectuales en España.

de la cooperación y la interayuda, de tal modo que el ambiente escolar comience por hacer nacer relaciones sociales auténticas, para lo cual el maestro, de cualquier grado, será mucho menos un *jefe* que un *amigo,* más un psicólogo que "comprende" que un dómine que adoctrina y castiga. Mucha "vida social" habría que llevar a los recreos, a las excursiones, a las actividades extra y peri-escolares, tanto o más formativas que las clases y los estudios. Los campos de juego y deporte socializan mucho más que las explicaciones doctorales y las discriminaciones de puestos y recompensas. Estas, por el contrario, deberían ser atenuadas. Una propensión señorial y competitiva, que roe nuestra convivencia toda, impulsan al maestro y al profesor a fomentar la vanidad del bien dotado al par que hunden al infradotado en los complejos de inferioridad. Urge corregir esta óptica funesta. La educación está para *elevar a todos,* cada cual según sus posibilidades, pero no para alzar a unos sobre el pavés mientras otros son ignorados o despreciados. Una enseñanza así opera de un modo brutalmente antisocial. ¿Hay algo más significativo a este respecto que la "trinca" en las oposiciones a cátedras?

No hay vivencia de la justicia sin "reciprocidad psíquica", pues si las personas no son moralmente intercambiables no hay posibilidad de aplicar la "igualdad ante la ley". Por ello, sería preciso que la vida social ofreciese ejemplos de justicia distributiva y no de logros conseguidos por caminos competitivos. Entonces la tendencia a sobrevalorar el poder cedería ante la cooperación para realizar los valores del saber y el amor, el servicio y la lealtad.

El bien particular sería menos considerado y servido que el bien común. Con lo que el *mérito objetivo* sustituiría, en la selección social, a la *afección interesada,* causa permanente de desorganización de la convivencia.

INDICACIÓN FINAL

Lamentaríamos que se nos atribuyese una concepción utópica, muy alejada de nuestro temperamento. Igualmente debemos hacer constar nuestra oposición a cualquier tipo de socialismo político. Ni utopía ni socialismo hay en las líneas que anteceden. No hay socialismo porque, pese a nuestros anhelos de «socialización», en cuanto *disposición* psíquica para la convivencia social, creemos que la cultura y la vida obran en cada hombre, sujeto de responsabilidad y destinatario de la salvación.

No puede haber utopía donde se reconoce el carácter complejo e

intrincado de los hechos sociales, con respecto a los cuales no cabe más actitud que la de intentar modificarlos, fervientemente, pero con prudencia, en colaboración con ese aliado de toda empresa humana: el tiempo.

El diría en qué medida es viable un enfoque para cuya puesta en práctica contamos con un gran "handicap" inicial: la resistencia del español a obrar con arreglo a ideas. Pero también esto sería modificable porque, si bien se mira, en vez de decadencia, España es un pueblo virgen, cargado de posibilidades para el futuro.

Nuestro optimismo se funda en la convicción de que nunca hemos dispuesto de un sistema educativo concebido a la escala necesaria. Sólo ha habido dureza, competición y formalismo a todo pasto. Pero desarrollar esta afirmación y sentar las bases de un programa educativo eficaz exigiría otro largo ensayo.

Adolfo Maíllo.
Ministerio de Educación Nacional.
Alcalá, 34.
MADRID